

EXPOSICIÓN GENERAL DE LA INDUSTRIA FRANCESA. PALACIO DE LAS BELLAS ARTES*

SITIO EN QUE SE HA CONSTRUIDO EL PALACIO DE BELLAS ARTES. SU DESCRIPCIÓN. NÚMERO DE CUADROS QUE HA PRESENTADO CADA NACIÓN. ESPACIO QUE OCUPAN.

Había en otro tiempo en los Campos Elíseos una avenida que conducía a la plaza de Belly y que se llamaba el paseo de las Viudas. ¿Por qué recibió este nombre? Si no hubiese precedido al establecimiento del famoso jardín Mabilie, podría creerse que este nombre misterioso provenía de las Ariadnas de este edén a tres pesetas por entrada, que, después de las conquistas nocturnas debidas a los valeses y a las polcas, no encontraban a la mañana siguiente al infiel sobre el cual habían tenido buen cuidado de tomar algo a buena cuenta, viudas poco inconsolables, ¡y siempre consoladas!...

Difícilmente se trataría de encontrar un origen más serio al nombre de este paseo sin historia. No ofrece al historiador sino una sola particularidad. Tallien murió en 1820, en el número 31 de una casita del más sombrío aspecto. Tallien, sepultado en el olvido, había tenido que vender su biblioteca para comer; y sin embargo, ¡qué papel no representó ese hombre que empezó por ser escribiente de un procurador, más tarde prensista en la imprenta del *Monitor*, después redactor del *Amigo de los Ciudadanos*, sucesivamente uno de los actores del 10 de agosto, secretario del ayuntamiento de París, diputado en la Convención cuando la condenación de Luis XVI, denunciador de Robespierre, miembro de la Junta de Salud Pública el 9 Termidor, individuo del Consejo de los Quinientos, miembro del Instituto de Egipto... y últimamente simple cónsul de Francia en Alicante, ¡¡¡para volver a entrar bajo la Restauración en una oscuridad que debía terminar por la miseria!!!...

El paseo de las Viudas no existe, y hay en su lugar la avenida de la Montaña, ancha y hermosa calle, de poca utilidad como dirección, pero que será de aquí a algunos años habitada elegantemente, vista la gran boga de que gozan los Campos Elíseos, donde ya se han edificado algunas casas suntuosas formando calle detrás de la fila de árboles, iguales a los que había en los *boulevards* y que la Revolución derribó para hacer barricadas. Allí, detrás de su pared histórica de ladrillos encarnados, y al abrigo de su pesada puerta de encina cubierta de hermosos dibujos de hierro, está el famoso hotel gótico que el príncipe Soltikof ha hecho muchas veces principiar y que aún no ha terminado una. En este momento hay muchos almacenes de vinos, tabernas, fondas sin pretensiones, pero no sin público. Al final de esta avenida bebedora, bullanguera, pol-

* s. f., «Exposición general de la industria francesa. Palacio de las Bellas Artes», *Museo de las Familias*, XIII (1855), pp. 172-174.
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002558831&search=&lang=es>

quista, que mucho trabajo ha de costar el aristocratizar, ha hecho levantar el Gobierno imperial por monsieur Lefuel, el nuevo arquitecto del Louvre, el gran edificio de tablas y de yeso destinado a recibir esta Exposición de las Bellas Artes que era imposible alojar en el Palacio de la Industria, demasiado estrecho ya para la industria misma.

Cuando se vio que el Palacio de la Industria no bastaba para contener la Exposición de las Bellas Artes, la compañía anónima fue invitada a levantar un anejo especial, cuyos derechos de entrada cubriesen los gastos y aun diesen utilidad. Tratose de levantar este edificio provisional como el destinado a las máquinas, que se extiende hoy sobre el muelle de la Conferencia en las fachadas este y oeste del palacio, viniendo a parar por un lado a las cercanías de la plaza de la Concordia, por otro a la avenida de Antin. Pero este proyecto necesitaba el derribo de un gran número de esos grandes árboles seculares, tan queridos del parisiense, tan gratos a los inválidos y a las niñeras y sus chiquillos sobre todo, y así a estos ciudadanillos que apenas cabían ya en el jardín de Tullerías para sus juegos y sus ruedas el domingo se les ha dejado este paseo.

En el vago terreno situado al fin de la avenida de la Montaña, delante de la calle de Juan Goujon, se ha elegido el sitio para recibir la Exposición de las Bellas Artes. Este terreno de la anchura de ochenta metros, penetrando por una profundidad de más de doscientos, llega hasta la calle Marbeuf. De este lado se encontraba el espacio necesario para los apéndices. El edificio que se ha levantado, como tenía un destino efímero, bastaba que fuese de tablas y de ladrillo con adornos de yeso. No era preciso más que tres meses para su construcción, y correspondía además completamente al objeto de ofrecer el mayor número de superficie posible, iluminada con la mayor luz posible también.

Monsieur Lefuel ha dado dos entradas a su edificio, una a la avenida de la montaña, otra a la calle de Marbeuf. La fachada a la avenida de la Montaña es la principal; está formada de un hemiciclo de cerca de cincuenta metros de abertura en cuadrado en dos alas rectangulares, permitiendo así fácilmente que los coches puedan adelantarse, dar vuelta y dejar las gentes al pie de una escalera de siete escalones que conduce a siete puertas, las que dividen el hemiciclo en siete arcos. Un friso corona la puerta con una inscripción en letras de oro: EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE LAS BELLAS ARTES. Algunos adornos de yeso decoran los tímpanos y las cornisas. Esta fachada es más que suficiente para un edificio provisional. Las dos alas del hemiciclo tienen dos pisos. Un entablamento y un acrotero coronan estas dos alas del edificio. Sobre la calle de Marbeuf, segunda entrada pública del edificio, se presentan solamente tres arcos. Una guardia está instalada en el ala izquierda, en la de la derecha están los conserjes de la necrópolis, donde yacen vueltos hacia la pared los cuadros que el Jurado de admisión no ha juzgado dignos de figurar en la exposición, y que sus autores, incomodados, no han reclamado en el término prefijado. Volvamos a la fachada principal.

Se suben los siete escalones, se pasa una de las siete puertas y se coloca uno en un torniquete de hierro guarnecido de terciopelo rojo, imitación del Cristal Palace de Londres, y cuyo mecanismo marca el número de los que entran. Estamos ya en un gran vestíbulo, en cuyas dos extremidades hay dos escaleras que conducen a las galerías superiores consagradas a los dibujos, acuarelas, miniaturas, esmaltes, grabados, litografías, estampas, obras gráficas y otras cosas de pequeña dimensión. Este vestíbulo está adornado con treinta cuadros de Dinamarca; cuarenta y cuatro de la Suecia y

la Noruega; uno de Toscana; tres que han venido de Turquía; cinco del Perú; veintidós de Portugal y once procedentes de los Estados Pontificios. Estas diversas obras, preciso es decirlo, son las que menos mira la masa general de los espectadores, porque parecen más bien decorar el vestíbulo que estar allí expuestas, como son las contenidas en las salas donde uno se apresura en seguida a entrar.

El sistema que sigue está dominado por tres grandes salas que encuadran longitudinalmente una doble fila y latitudinalmente una sola fila de galerías. Las galerías de escultura, los salones chinos y los almacenes terminan a derecha e izquierda el edificio.

La primera travesía latitudinal ofrece, comenzando por la izquierda, dieciséis cuadros traídos de las ciudades hanseáticas, después, adelantando hacia la izquierda, noventa y siete cuadros suizos, después diez cuadros de Baden, en seguida treinta y seis americanos, y luego una nueva serie de trece cuadros romanos. A la derecha de esta primera travesía se halla un *bouffet* o ambigú rica y abundantemente surtido de apetitosos fiambres, helados y vinos. En medio de esta travesía está la entrada del primer salón, enteramente consagrado a la Prusia, y que contiene doscientos cuarenta y cinco cuadros. El inmenso grupo ecuestre colosal de Augusto Kiss representando a san Jorge ocupa el centro de este hermoso salón donde brillan los maestros de más reputación y los discípulos más brillantes de las célebres escuelas de Berlín y de Düsseldorf con Pedro Cornelius y Kaulbach a la cabeza. Esta sala está limitada a la derecha por una galería que contiene ciento siete cuadros austríacos, once cuadros de Württemberg y sesenta y cinco cuadros bávaros. Un diván de terciopelo carmesí ocupa el centro de esta galería que no tiene más que la longitud del salón prusiano.

Al lado, y medianera con ella, comienza la galería inglesa, que se extiende en una doble longitud. Contiene doscientos veinte cuadros y algunas acuarelas o pasteles sobre cristal. Dos puertas se abren en esta galería y dan a las dos salas de escultura inglesa, de ochenta grupos, y a la austríaca de noventa y un grupos.

Si tomamos la galería latitudinal que se prolonga por el tercer costado del gran salón prusiano, nos hallamos un poco en Sajonia y mucho en España. Sajonia tiene cien cuadros, la España sesenta y nueve. Transportados así sobre la izquierda del monumento, entramos en los Países Bajos, en donde vemos noventa y seis cuadros; después de los cuales nos encontramos en la doble galería tan brillantemente ocupada por la Bélgica con doscientos seis cuadros. En medio hay un largo diván como para indicar al público que aquel es un punto en donde uno debe detenerse. Treinta y seis cuadros sardos hay colocados en el salón chinesco. Este conjunto, que comprende un poco más de la tercera parte del espacio que ofrece la Exposición de las Bellas Artes, deja todo el resto a las obras de la escuela francesa, es decir, que se pasa por medio de todas las naciones artísticas para llegar a ella.

Los franceses se han reservado dos salones, el uno inmenso, y cinco galerías para las pinturas, y además una grande sala oblonga para la escultura y los bronce. La Francia posee las dos terceras partes de las galerías bajas, y el resto pertenece a la Inglaterra. Los franceses tienen mil ochocientos treinta y dos cuadros, la escultura trescientos cincuenta y cuatro grupos de todas dimensiones. En la suya, monsieur Ingres ha expuesto cuarenta cuadros al óleo, y Horacio Vernet veinte, entre los que se encuentran los más colosales del museo, *La toma de la Smala* y *La batalla de Isly*.

En una extremidad del palacio se hallan expuestos los tapices de las manufacturas de Beauvais y el museo de Sèvres.

No entramos aquí en ninguna mención, ni aun sumaria, de las obras principales que dan a esta Exposición un carácter tan precioso de importancia y de grandeza. Cada cosa vendrá en su lugar, y esperamos dar conocimiento de las que merezcan más la atención pública a nuestros lectores. Continuaremos hoy estos preliminares exponiéndoles todas las disposiciones generales del personal y las particularidades relativas a la organización de esta solemne reunión de obras maestras y de distinguidas obras, producto de las fuerzas del arte de todos los países en el siglo XIX.

El decreto que reglamentaba la Exposición de Bellas Artes decía que los artistas podrían presentar obras expuestas ya anteriormente, pero que no podrían ser admitidas las copias. La Exposición ha sido abierta a todos los artistas vivos hasta el 22 de junio de 1853, fecha del decreto constitutivo de la misma.

Vamos ahora a dar una idea del espacio perpendicular o de pared que ocupa cada nación para colgar sus cuadros.

La Inglaterra 800 metros, la Bélgica 752, la Prusia 750, la Holanda 310, la España 300, la Suiza 300, el Austria 210, la Suecia y la Noruega 130, el Gran Ducado de Hesse 52, el Wurtemberg 23, y el Hannover... uno solo, y aun este pequeño espacio no se ha llenado.

Un terrible pensamiento se ocurre al aspecto de semejante reunión de obras, de las que muchas son maestras: ¡un incendio! Ninguna compañía de seguros sería bastante para reembolsar semejante siniestro, y además el dinero no podría consolar una época, una civilización, de la pérdida de estos cuadros, llenos de las mágicas expresiones del arte por manos que no se repiten jamás. Así es que se han tomado precauciones que pueden decirse las más formidables, ya para prevenir el peligro, ya para limitarlo si terriblemente llegase a suceder. Un depósito constantemente lleno de agua, de 4 metros cúbicos, se halla colocado a las inmediaciones de la sala de los escultores. Bomberos circulan día y noche, con ojo y oído atento, por estas salas y por las más mínimas dependencias. Además, los tubos engastados en las murallas traen grandes caudales de agua dispuestos a saltar en cuarenta y ocho caños diseminados por todas partes. Se resguardarían los cuadros del fuego, pero se los anegaría.

He aquí las proporciones del edificio. El edificio general es un paralelogramo de ciento treinta y seis metros sobre treinta y dos. Los tres grandes salones, de los cuales uno de ellos es francés y otro prusiano, son cuadriláteros y casi regulares; el más grande, situado justamente en el centro del edificio, es oblongo, y tiene de medida cuarenta y dos sobre veinticinco. En el centro se ha colocado una cesta llena de flores, en medio de las cuales se ven blancas estatuas. Un diván circular la rodea. Las otras dos salas tienen veinticinco metros sobre veintiuno. Las galerías que se extienden alrededor de estos salones tienen una anchura media de diez a once metros, muy suficiente para obtener la distancia óptica necesaria para mirar los cuadros. Se han pintado las paredes de un color verde oliva, generalmente creído el más favorable para los cuadros. No hay ningún adorno interior que pueda hacer concurrencia con las obras expuestas. Las puertas o más bien las aberturas están guarnecidas de altos cortinones de tapicerías viejas de Beauvais y de Gobelines, y cuyos colores están armoniosamente debilitados por el tiempo.

La sala de escultura tiene ochenta metros de largo, espacio que ha parecido suficiente para aislar el mayor número de objetos, y que permite poder pasear entre ellos. Sobre las paredes pintadas del mismo color verde oliva se han puesto algunos cartones de monsieur Chenavard. Al final de esta sala se ha organizado un ambigú, igual al que hay a la entrada, donde comen y refrescan los que visitan la Exposición.

El Palacio de la Industria es apropiado a su objeto, se ha construido fácilmente, y puede uno encontrarse allí con mucha facilidad. La multiplicación de vallas hace que a cada instante se encuentre la perspectiva de puntos imprevistos; la luz se halla abundantemente distribuida, y ningún artista puede quejarse de que le falte a sus cuadros. Hablemos del aire. Se han tomado precauciones para renovarle. Un largo camino subterráneo que desemboca debajo de los divanes circulares de los grandes salones trae un aire tomado en cuevas frescas a que corresponden las ventanas que hay abiertas en el techo.

Se había pensado que la cifra total de las obras expuestas sería más considerable de lo que ha sido; la palabra *universal* había dado un gran aumento a la imaginación. Sobre los cinco mil veintiocho cuadros la Francia cuenta casi la mitad. El resto se divide desigualmente entre la Inglaterra, que ha tenido una parte leonina en la exposición, setecientos setenta y cinco objetos, a saber: ciento treinta y un cuadros, ciento treinta y cinco dibujos a la acuarela, ciento veinticinco dibujos de arquitectura, ochenta estatuas y bustos, y el resto grabados y litografías...

Los alemanes y los belgas vienen después. Los holandeses y los españoles están en un medio. Las gentes del Norte están poco representadas, rivalizan en número igual. La Italia, ¡ay!, no tiene más que un *mínimum* en cantidad y calidad.

La Rusia, que tiene también muy buenos pintores, se halla ausente.

Lo repetimos: es una fortuna sin igual para la generación presente la grandiosa Exposición de las Bellas Artes. Grandes artistas han transportado resueltamente allí la obra de toda su vida. Entre los franceses, Ingres, Delacroix, Decamps, Horacio Vernet, están en ese caso. Sería preciso recorrer toda la Europa, abrir todos los gabinetes, investigar todos los monumentos, todos los museos, para encontrar estos lienzos célebres que se han disputado todos los países. Pues bien, todos están bajo una llave, en un mismo sitio, por cuatro meses, en medio del más grande esfuerzo, de un concurso inmenso de artistas, la mayor parte excelentes, venidos de todos los puntos del globo. Aunque París no ofreciese a los que vienen a visitarle más que este solo espectáculo, París habría dado a la Europa y al mundo la más brillante hospitalidad.